

ANÁLISIS DE UNA BATALLA: NAJERA 1367

La batalla de Nájera, celebrada en las cercanías de la ciudad riojana, ha sido considerada tradicionalmente como una de las más importantes de la Edad Media hispana tanto por sus efectos como por la entidad y magnitud de los contendientes. En general, la campaña y el desarrollo del enfrentamiento son bien conocidos, especialmente todo lo referente al Príncipe Negro y al ejército anglopetrista, pero otras circunstancias permanecían veladas y un tanto ocultas entre datos y referencias de ilustres cronistas y especialistas actuales¹. Nájera no sólo supuso el choque directo entre los ejércitos de Enrique de Trastámara y la coalición dirigida por Eduardo de Gales, financiada por Pedro I, ni la prolongación de la guerra de los Cien Años en la Península Ibérica, sino también resultó la culminación de una expedición confusa en la que el heredero inglés, considerado el caballero más brillante de su tiempo, cometió errores incomprensibles tanto políticos como militares. Nájera fue igualmente expresión de la vehemencia, de la intensa voluntad de poder que poseía el hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán, decidido a mantenerse en el trono contra viento y marea. Don Enrique desplegó durante la empresa tal energía

¹ Sobre el reinado de Pedro I y la revolución trastámara se pueden destacar, entre una bibliografía no demasiado abundante, los siguientes trabajos esenciales: SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *España cristiana. Crisis de la Reconquista. Luchas civiles*, en "Historia de España" dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, t. XIV, Madrid, 1976. VALDEON BARUQUE, J., *Enrique II de Castilla, La guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*, Valladolid, 1966; *Los judíos de Castilla y la revolución trastámara*, Valladolid, 1987; *La Victoria de Enrique II: Los Trastámaras en el poder*, en "Génesis medieval del Estado Moderno: Castilla y Navarra (1250-1370)", Valladolid, 1987, y DÍAZ MARTÍN, L. V., *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y Regesta*, Valladolid, 1975 y *Los oficiales de Pedro I de Castilla*, Valladolid, 1987.

que le permitió frenar el avance del ejército invasor y obtener una momentánea victoria sobre unas fuerzas de enorme prestigio consideradas invencibles disponiendo de unos medios muy inferiores. Por fin, toda la campaña y la propia batalla son una muestra muy adecuada de la enorme importancia militar, económica y política de las Compañías, de aquellas unidades de soldados profesionales, muy expertos y entrenados, con equipo propio, que se alquilaban al mejor postor en los períodos de tregua que conoció la Guerra de los Cien Años durante el siglo XIV. El peso específico de estas unidades y su influencia en los asuntos peninsulares de la época tienen en Nájera y los acontecimientos que rodean al choque un botón de muestra idóneo. Tradicionalmente se ha aludido a los personajes que dirigían las Compañías, pero quizás no se había resaltado lo suficiente su papel y relieve en las fuerzas contendientes y en el desarrollo de los acontecimientos.

Cuando alrededor del 20 de febrero de 1367 el ejército anglogascón dirigido por Eduardo, Príncipe de Gales, conocido como el Príncipe Negro por la armadura pavonada que lucía en el combate, inició el ascenso del paso de Roncesvalles, en el reino de Navarra, en dirección a Castilla para restaurar en el trono a Pedro I, se estaba consumando la internacionalización de la guerra civil castellana que enfrentaba abiertamente a Enrique de Trastámara y al legítimo monarca desde el año anterior.

El choque dinástico entre el bastardo Enrique y el reconocido descendiente de Alfonso XI, Pedro I, no sólo reflejaba el conflicto de intereses y la situación de crisis generalizada que atravesaba Castilla, sino también expresaba la rivalidad entre los reinos peninsulares al tiempo que continuaba el enfrentamiento que mantenían Francia e Inglaterra desde el primer tercio de la centuria y del que la guerra civil castellana era un episodio más.

En 1366, Enrique de Trastámara, incansable en su constante batallar por imponerse a su hermanastro desde prácticamente los primeros años de su reinado, consiguió aquello que había perseguido durante largo tiempo, y por lo que había sufrido derrotas y sinsabores que le habían llevado al exilio, a mendigar ayuda en las cortes francesa y aragonesa y a emplearse como jefe de Compañía al servicio de Carlos V. En este año Enrique de Trastámara logró el apoyo de Francia y de Aragón, no sin reticencias ni concesiones por parte del futuro rey, debido a la especial situación que atravesaba el Occidente cristiano afectado por la que sería la Guerra de los Cien Años.

Firmada la Paz de Bretigny entre Francia e Inglaterra a causa de las dificultades de todo tipo surgidas en la segunda mitad del siglo XIV y al agotamiento de los contendientes, el conflicto entre ambos permanecía en una pausa desfavorable para los galos, claramente derrotados en la prime-

ra fase de la guerra, en la cual precisamente el Príncipe de Gales había tenido un lucido papel al frente de sus caballeros. Carlos V, el nuevo rey francés ansiaba desquitarse y recuperar el terreno perdido al tiempo que cambiar el balance de alianzas existentes hasta la fecha. En la Península Ibérica, Aragón giraba en la órbita francesa por temor a Castilla, con quien había mantenido varias guerras a lo largo del reinado del hijo legítimo de Alfonso XI. El rosario de enfrentamientos entre Pedro I y Pedro IV expresaba tanto el poderío castellano como sus aspiraciones hegemónicas sobre el conjunto de los reinos peninsulares. Castilla por su parte se mantenía fiel a la alianza acordada con Inglaterra desde 1362, beneficiosa para ambos; gracias a ella Eduardo III veía como quedaba conjurado el peligro de que la poderosa flota castellana del Cantábrico combatiera del lado francés, desequilibrando el control inglés del Canal, mientras que Castilla veía confirmada la protección y el libre comercio que mercaderes y marinos mantenían con Flandes, lo que implicaba fortalecer económicamente la fachada cantábrica y la exportación de lana o hierro.

Francia deseaba alterar esta situación desfavorable y nada mejor para ello que apoyar la candidatura del bastardo Enrique de Trastámara, de clara inclinación francófila. Este estaba respaldado por la mayoría de los grandes linajes del reino los cuales, además de estar muy afectados por la crisis económica de la centuria, se encontraban enfrentados con el Rey Cruel a causa de su política autoritaria. Los nobles veían en el hermanoastro de don Pedro a un monarca que concedería mercedes y gobernaría de acuerdo con los intereses del estamento. Para el reino galo, la entronización de Enrique suponía alterar el equilibrio internacional y asestar un duro golpe a los intereses ingleses ya que toda la Península Ibérica, excepto Portugal, pasarían a girar en la órbita francesa. Para Aragón el destronamiento de Pedro I suponía eliminar a un peligroso enemigo, a un monarca que representaba un perpetua amenaza, y sustituirlo por un rey que llegaba al trono cargado de obligaciones, encontrándose con un reino debilitado e incluso dividido, lo que aseguraba su neutralización durante largo tiempo. Sin embargo, a pesar de todo, Pedro IV veía con recelo un apoyo sin contrapeso a Enrique de Trastámara, ya que desconfiaba de las futuras intenciones del pretendiente, una vez en el trono.

Por el contrario, para Inglaterra, el mantenimiento de la situación existente era de un interés estratégico prioritario dada la relevancia del reino castellano; de ahí que Eduardo III y el Príncipe de Gales conservaran, desde Londres y Burdeos, respectivamente, sus lazos con Pedro I conscientes de la importancia que tenía el reino de Castilla en el complicado juego de fuerzas que movía la guerra con Francia.

En 1365, Pedro IV el Ceremonioso se vio obligado a reconocer la candidatura de Enrique de Trastámara para obtener el apoyo de Francia

en la guerra que mantenía con Castilla. A cambio de ello acudirían a su reino una serie de mercenarios encuadrados en unas Compañías de bretones, gascones e ingleses que vagaban asolando las campiñas de Francia desde el fin de las hostilidades con Inglaterra². Carlos V estaba deseoso de librarse de tan incómodos huéspedes así que encontró en el apoyo a Enrique de Trastámara y Pedro IV de Aragón la ocasión para enviar fuera del reino a los soldados que carecían de ocupación, al tiempo que intentaba sustituir en el trono castellano al anglófilo Pedro por el francófilo Enrique, obteniendo de esta forma un seguro aliado en la lucha contra Inglaterra.

Las Compañías eran unos grupos de caballeros, aventureros y fugitivos, todos ellos formidables luchadores, que se agrupaban alrededor de un noble que les dirigía, alquilándose a quien pagase sus servicios. Expresión de un período de lucha generalizada en el ámbito atlántico europeo, constituían un medio de hacer carrera y riqueza para aquellos segundones o miembros de la baja nobleza muy afectados por la crisis del siglo XIV. Refugio de exiliados y perseguidos, entre los jefes de Compañía se pueden encontrar algunos de los primeros nombres de la centuria, desde Beltrán Du Guesclin al propio Enrique de Trastámara y sus hermanos don Tello y don Sancho.

La actuación del bastardo como jefe de una Compañía durante los años 1361 y 1362 al servicio de Arnauld D'Audrehem, mariscal de Francia, lleva a Kenneth Fowler a afirmar que el empleo de mercenarios extranjeros en España en la segunda mitad del siglo XIV se hizo a iniciativa hispana, ya que sería el propio Enrique quien impulsó el reclutamiento de los mercenarios, iniciativa a la que era del todo ajena la voluntad del soberano francés³.

Las Compañías reclutadas para la guerra con Castilla fueron concentrándose en Aviñón y Montpellier, financiadas por Carlos V, Pedro IV y el Papa Urbano V, ansioso también por ver desaparecer a los mercenarios de su territorio y fuera del trono a Pedro I, un monarca que se había enfrentado con la alta jerarquía eclesiástica del reino. La reunión de un

² Jean Delumeau en su obra *El miedo en Occidente*, Madrid, 1989, alude al ancestral temor existente en Europa, especialmente en Francia y Alemania, al paso de los soldados a causa del pillaje y las tropelías que cometían (p. 246). Sobre los efectos del paso de las Compañías en Navarra se puede ver: AZCARATE AGUILAR-AMAT, PILAR, *El azote de las Compañías y sus estragos en Navarra (1366-1367)*, "Hispania" Nº 177, 1991, pp. 73-101.

³ FOWLER, KENNETH, *L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise en Espagne (vers. 1361 - vers. 1379)*, en "Realidad e imágenes del poder real. España a fines de la Edad Media", Coord. Adeline Rucquoi, Salamanca, 1988, p. 26.

ejército no muy numeroso pero altamente efectivo y profesional junto con el apoyo político y financiero de los reyes de Francia y Aragón permitió a Enrique de Trastámara penetrar en Castilla en 1366 y llevar a cabo una campaña relámpago aprovechando los recursos y el respaldo obtenido en los primeros momentos. La fulminante ofensiva dirigida por el Trastámara tuvo gran éxito a pesar de las reticencias del rey aragonés acerca de la dirección de las fuerzas expedicionarias, aunque acabó por ceder el mando al castellano a causa de la presión del monarca galo, y al deseo de ver partir del reino a los mercenarios reclutados por el pretendiente. El ejército de Enrique tenía como punta de lanza a las Compañías dirigidas por Beltrán Du Guesclin, formada por bretones, y Hugo de Calveley, integrada por ingleses y gascones. También tenían gran importancia las Compañías dirigidas por Eustache de Auberichourt, caballero de Hainault, y Gourderon de Raymont, Señor de Aubeterre, pero su influencia no es comparable a la de los primeros. Las tropas aportadas por Aragón y los caballeros castellanos favorables al Trastámara completaban los efectivos de las fuerzas invasoras.

Pedro I, a pesar de contar con un ejército experimentado y fogueado en combates contra aragoneses y granadinos, no pudo hacer frente a las tropas de las Compañías, los mejores combatientes de una época pródiga en figuras bélicas. Se retiró de Burgos hacia el sur mientras su hermanastro era proclamado rey y daba comienzo el llamado "primer reinado". Más tarde, en junio, tras abandonar Toledo y Sevilla, se dirigió hacia Portugal desde donde consiguió llegar a Galicia, lugar en el que Fernando de Castro se mantenía en su favor.

Parecería que la situación era claramente desfavorable al rey legítimo tras la proclamación de Enrique en Burgos, pero la realidad era otra. No sólo el pretendiente no había ocupado todo el reino, sino que muchas plazas sostenían el pabellón petrista. Tampoco se había producido el esperado apoyo popular; por el contrario, Pedro I cada vez conciliaba más voluntades. Para colmo, el gravoso mantenimiento de las Compañías se veía comprometido a causa del agotamiento de los fondos por lo que su licenciamiento parecía próximo a pesar de las mercedes y recompensas concedidas por Enrique a sus capitanes.

En esta situación tanto el obispo de Santiago como Fernando de Castro aconsejaron a Pedro hacer frente al cada vez más debilitado invasor resistiendo en Galicia y marchar desde allí sobre Zamora⁴. Sin embargo, el rey hizo caso omiso de estas recomendaciones y, deseoso de acabar con su hermanastro, se dispuso a lograr su objetivo mediante el concurso de la

⁴ Remito a la obra de SUÁREZ FERNÁNDEZ citada en la nota 1 (pp. 107 y ss.).

victoriosa Inglaterra, lo que suponía la definitiva internacionalización del enfrentamiento civil que afectaba a Castilla. Siguiendo los consejos de Mateo Fernández, Pedro I partió en una carraca de La Coruña en dirección a los dominios gascones de Eduardo, Príncipe de Gales, en busca de la ayuda inglesa para recuperar su reino. La opción tomada por el rey castellano se apoyaba en el estado de tregua existente entre Francia e Inglaterra, el cual permitía suponer que los contendientes aprovecharían cualquier oportunidad mediante terceros para debilitar al adversario.

Tras un accidentado viaje, el rey de Castilla y el Príncipe de Gales se entrevistaron en Cap Breton, un lugar situado al norte de Bayona, donde el inglés, presionado por su padre Eduardo III, aceptó apoyar a Pedro I frente a Enrique de Trastámara y la coalición franco-aragonesa que le respaldaba. A pesar de los planteamientos estratégicos que aconsejaban amparar a todo aquello que perjudicase los intereses franceses, el Príncipe Negro estaba poco inclinado a establecer una alianza con el monarca castellano. Para alguien como Eduardo, que encarnaba todos los valores de la caballería, unirse al rey Pedro, de tan escasas virtudes caballerescas, famoso por su crueldad y deseos de venganza ^{4 bis} era una iniciativa difícil de aceptar. Sin embargo, la influencia de su padre, la im-

^{4 bis} Acerca de la imagen de Pedro I como antiespejo de príncipes y para su consideración historiográfica, ver: MITRE FERNÁNDEZ, E., *La historiografía bajomedieval ante la revolución trastámara: Propaganda política y moralismo*, en "Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez Fernández", Valladolid, 1991, pp. 333-347. Este autor muestra su creciente interés por el tema dado que registra una serie de trabajos en prensa (p. 334, nota 4): "Crisis y legitimaciones dinásticas en la Península a fines del siglo XIV". Entre la justificación doctrinal y la memoria histórica, en *Bandos et querelles dynastiques en Espagne a la fin du Moyen Age*, Coloquio de la Sorbonne, París, 1987; "El Canciller Ayala y la memoria histórica de un cambio dinástico", conferencia pronunciada en Montiel el 30 de abril de 1988 y "Nobleza y poder real en la Castilla de los primeros Trastámaras", ponencia presentada en el Congreso sobre VI Centenario del Principado de Asturias, Oviedo, 6 de diciembre de 1988.

Sobre propaganda y aspectos políticos de la realeza en el período se puede consultar el ya clásico trabajo de J. GIMENO CASALDUERO, *La imagen del monarca en la Castilla del siglo XIV*, Madrid, 1972, J. VALDEÓN BARUQUE, *La propaganda ideológica como arma de combate de Enrique de Trastámara*, en "Historia. Instituciones. Documentos", 19, 1992, pp. 459-467, así como NIETO SORIA, J. M., *Los fundamentos ideológicos del poder real en Castilla. Siglos XIII-XVI*, Madrid, 1988. "Les clercs du roi et les origines de l'état moderne en Castille: propagande et légitimation (XIII éme-XV éme siècles)" en *Journal of Medieval History*, 18 (1992), pp. 297-318, y la recientemente publicada, *Las ceremonias del poder en la España Medieval. Propaganda y legitimación de la realeza Trastámara en Castilla*, que sin duda es en extremo útil y clarificadora. Por último CASTILLO CÁCERES, F., *Los símbolos del poder real en las monedas de Pedro I de Castilla*, en "Actas del VII Congreso Nacional de Numismática", 1989, Madrid, 1992.

portancia estratégica del conflicto castellano para Inglaterra, junto al rechazo de cualquier acto que significase apoyar a un usurpador en perjuicio del legítimo soberano y el temor a la presencia de un monarca francófilo en el trono de Castilla, acabaron por decidir al Príncipe de Gales de tal manera que Pedro I fue aceptado como huésped al tiempo que se preparaba la invasión del reino castellano⁵.

Según P. E. Russell, las medidas tomadas en Gascuña para llevar a cabo las operaciones contra Enrique II son poco conocidas en sus detalles, pero se sabe que ya en agosto de 1366 se establecieron los primeros contactos con los señores gascones mientras Sir John Chandos comenzaba a negociar con los jefes de las Compañías que permanecían en el Longuedoc. De nuevo, como ocurrió con ocasión de la invasión de Castilla efectuada por Enrique de Trastámara, las Compañías van a jugar un papel primordial entre los efectivos del ejército dirigido por el Príncipe de Gales y en el conjunto de la campaña.

En septiembre de 1366 se celebró en Bayona una reunión entre Pedro I, Carlos II de Navarra, el Príncipe de Gales y los señores gascones, con el Conde de Armagnac a la cabeza, para acordar los aspectos generales de la invasión del reino castellano y la restauración de Pedro. Se acordó que la entrada en Castilla se habría de producir a principios del año siguiente y que la empresa sería sufragada por el monarca destronado. Este había hecho un largo viaje desde su huida de Sevilla llevando consigo un rico tesoro en monedas y, sobre todo, joyas y piedras preciosas. Resalta Hilda Grassotti en un sugestivo trabajo⁶ la importancia de estos bienes en el exilio gascón de Pedro, ya que sirvieron para financiar el enrolamiento de los mercenarios, a pesar de no ser muy apreciadas las gemas y las joyas por los *routiers*, necesitados de metal amonedado, y para ganar voluntades entre las damas y caballeros de la corte de Burdeos. Mientras tanto, Sir John Chandos y Thomas Felton fueron encargados por el Príncipe de reclutar las Compañías disponibles para formar la base del ejército que había de invadir Castilla.

La reunión de Bayona fue continuada con la celebrada en Libourne, cerca de Burdeos, el 23 del mismo mes entre los reyes de Navarra y Cas-

⁵ RUSSELL, P. E., *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955, p. 61 y ss.

⁶ GRASSOTTI, HILDA, *El tesoro de Pedro el Cruel*, Archivo Español de Arte 242, Madrid, 1988, pp. 144-152. En lo que se refiere al tesoro del monarca castellano existen referencias en FERRANDIS, J., *Datos documentales para la historia del arte español. III. Inventarios reales (Juan II a Juana la Loca)*, Madrid, 1943, pp. III-IX. También se puede consultar LADERO QUESADA, M. A., *Fiscalidad y poder real en Castilla (1252-1369)*, Madrid, 1993, pp. 339-340, así como el siempre sugerente libro de MORÁN, M. y CHECA, F., *El coleccionismo en España*, Madrid, 1985, pp. 15-40.

tilla con Eduardo de Gales. Este encuentro fue la auténtica base en la que se apoyó la ayuda prestada por Inglaterra y la colaboración de Navarra a la empresa. El resultado fueron los llamados Acuerdos de Libourne que suponían enormes concesiones territoriales y monetarias por parte del rey castellano. Navarra, por permitir el paso de las tropas por su territorio y mantener una postura de tibia beligerancia frente al Trastámara, obtenía importantes ganancias territoriales entre las que destaca el acceso al mar a través de Guipúzcoa. A ello había que añadir 220.000 florines en concepto de indemnización por los daños que pudiera producir el paso del ejército y las tropas que prestaría a la empresa. Por su parte, Inglaterra recibiría Vizcaya y Castro Urdiales así como ventajas y exenciones concedidas a peregrinos y mercaderes ingleses, amén de medio millar de florines en concepto de pago por los gastos sufridos por el Príncipe Negro. Los acuerdos de Libourne suponían hacer a Inglaterra poco menos que invulnerable⁷, al tiempo que permitían la aparición de una nueva potencia atlántica, capaz de rivalizar con Francia y Castilla pero dependiente de Inglaterra: Aquitania. Con las concesiones obtenidas de Pedro I, Eduardo conseguía ampliar sus dominios de Guyena y Gascuña por el norte de Castilla, una zona desarrollada de vocación marinera y mercantil, lo que permitía convertirse en el señor de un dominio estratégico con importantes proyecciones económicas. Por el contrario, para Pedro I el acuerdo firmado era una enorme carga que limitaba su capacidad de acción en el futuro. En realidad, la magnitud de las concesiones hechas por el rey castellano hacen dudar de su intención de cumplirlas. Da la impresión, de que Pedro aceptó las condiciones impuestas por Eduardo y Carlos de Navarra con el fin inmediato de expulsar del trono a su hermanastro, dejando el problema del cumplimiento de sus obligaciones para más adelante.

En Castilla, Enrique de Trastámara continuaba con su empresa de pacificar el reino, en el que numerosas zonas, especialmente de Galicia y León, permanecían fieles al rey legítimo. Esta actividad bélica coincidía paradójicamente con la progresiva desarticulación del ejército que había invadido Castilla al mando del pretendiente, al producirse la retirada de las Compañías gasconas e inglesas a su servicio, las cuales constituían, junto a aquéllas de origen francés, la parte esencial de las tropas que habían expulsado a Pedro I del reino. Enrique era consciente de los daños que sufría el territorio castellano a causa del deambular de las tropas mercenarias y de los excesos cometidos, al tiempo que sus recursos financieros disminuían alarmantemente, siendo cada vez más difícil pagar sus servicios. Esta situación llevó al Trastámara a licenciar a la mayoría de las Compañías y a quedarse sólo con las más fiables y eficaces, concreta-

⁷ RUSSELL, P. E., *Ob. cit.*, p. 67.

mente las francesas, consciente de su debilidad si prescindía de aquellas tropas que tan bien conocía y tan extraordinarios servicios le habían prestado. Esta circunstancia revelaba las carencias de Enrique, quien tenía que contemplar impotente cómo se retiraba la mayoría de sus mejores tropas en un momento crítico en el que la amenaza de una intervención extranjera era cada vez más evidente, y en el reino amplias zonas continuaban bajo control petrista. El hecho de conservar a su lado a las Compañías de Beltrán Du Guesclin y Hugo de Calveley ponía de manifiesto la debilidad y dependencia de Enrique, así como la enorme importancia de las Compañías de mercenarios en las filas trastamaristas.

A pesar de la difícil situación que atravesaba, agravada por el distanciamiento de Aragón y Francia, sus aliados tradicionales, el futuro Enrique II logró rechazar en octubre de 1366 una precipitada penetración de tropas castellanas enviadas por Pedro I desde Gascuña para reforzar algunas plazas del valle del Ebro que permanecían bajo su obediencia, mientras continuaba en la lucha contra los gallegos favorables a Pedro, quienes, bajo el mando de Fernando de Castro, resistían con éxito en ciudades como Lugo.

Al finalizar 1366 se incrementaron los preparativos en Gascuña para constituir el ejército que bajo el mando del Príncipe de Gales debía entrar en Castilla y restituir en el trono al derrocado Pedro I. Era evidente que Eduardo III de Inglaterra tenía la intención de utilizar a su hijo para la empresa peninsular y de tal forma guardar las apariencias en su conflicto con Francia, momentáneamente detenido a causa de la Paz de Bretigny. Si Carlos V utilizaba a Aragón y a Enrique de Trastámara como peones en su enfrentamiento con Inglaterra, Eduardo III recurría a la ficción que suponía considerar la intervención del Príncipe Negro en Castilla como un asunto interno de Aquitania.

Ante la evolución de los acontecimientos y la inminencia de una invasión inglesa de Castilla, Pedro IV de Aragón comenzó a inclinarse por una política de neutralidad, temeroso de convertirse en un ciego instrumento de Francia y en enemigo de Inglaterra. El terror que inspiraban las fuerzas dirigidas por el Príncipe de Gales, brillante vencedor en Poitiers, y el retraso de Enrique de Trastámara en cumplir las promesas realizadas antes de la invasión, decidieron la neutralidad de Aragón en el inminente conflicto. Ante la presencia de un formidable ejército a escasa distancia de sus fronteras, Pedro IV, lleno de temor por un posible ataque de las terribles fuerzas de Eduardo de Gales, procuró con todas sus fuerzas permanecer al margen de la guerra que se avecinaba. Portugal, el otro reino peninsular, fue sensible a la diplomacia inglesa y aseguró su neutralidad en los acontecimientos que se avecinaban, mientras que Francia, aún no

repuesta de los terribles años sufridos con anterioridad a la Paz de Breigny, consciente de su inferioridad y deseosa de evitar el choque directo con Inglaterra, aunque fuera por medio de Aquitania, se apartó de los asuntos peninsulares. El resultado fue la soledad y la extrema debilidad de la posición de Enrique de Trastámara al comenzar 1367.

Sin embargo, el pretendiente no era un hombre que se amedrentase fácilmente, así que, con una presencia de ánimo admirable, se dispuso a jugar las escasas bazas que quedaban en su mano. Consciente de su debilidad, acentuada por una creciente impopularidad en el interior del reino y una intensa falta de dinero, don Enrique se apresuró a acercarse a Navarra, conocedor de la volubilidad de Carlos II y de la importancia estratégica de su reino. Gracias a los buenos oficios de Beltrán Du Guesclin, un personaje cuya importancia rebasa el ámbito militar, y del arzobispo de Zaragoza, quien seguía instrucciones del rey de Aragón interesado en que las fuerzas inglesas no entrasen en la Península, se acordó una entrevista entre el rey de Navarra y el pretendiente en un pueblo castellano fronterizo con el reino pirenaico. La entrevista de Santa Cruz de Campezo, celebrada a principios de enero de 1367, se zanjó con el acuerdo del navarro de impedir el paso del Príncipe de Gales a cambio de la cesión de Logroño y del pago de 60.000 doblas, además del compromiso de Enrique de acudir en ayuda de Carlos II en caso de ser atacado por el Príncipe Negro. Quedaba claro que el verdadero beneficiado del conflicto peninsular era el rey de Navarra, ya que de ambos contendientes obtuvo pingües ganancias a cambio de un escaso compromiso. Afirma Russell que, a pesar de la conocida inclinación de Carlos II al incumplimiento de las promesas, en Burgos y Barcelona reinó el optimismo durante un breve período a comienzos de 1367 ya que se pensaba que, cerrado Roncesvalles y adentrado el invierno, era casi imposible que el Príncipe de Gales pudiese penetrar en la Península Ibérica ⁸.

En Aquitania, el Príncipe Negro, acompañado de Pedro I, ultimaba los preparativos de la expedición. Las últimas Compañías se iban reuniendo con el resto del ejército anglo-gascón al tiempo que Juan de Lancaster, hermano del Príncipe, se incorporaba con los 400 arqueros ingleses reclutados a iniciativa de Eduardo III. Las noticias recibidas en el sur de Francia acerca de la reunión de Santa Cruz de Campezo impulsaron al Príncipe a ordenar al jefe de Compañía Hugo de Calveley, hasta entonces al servicio de Enrique de Trastámara y ahora bajo las banderas de Gascuña, que penetrase en Navarra desde el norte de Castilla donde aún permane-

⁸ *Ibidem*, pp. 77 y 78.

cía, probablemente intentando conciliar a sus dos señores. La acción de Calveley, quien casi se plantó en Pamplona con sus tropas sin apenas esfuerzos, impulsó a Carlos II a correr junto al Príncipe Negro y Pedro I en una reunión celebrada en Peyrehorade, lugar cercano a Bayona, en cuya abadía el rey de Navarra reiteró su respeto por los acuerdos de Libourne y excusó su acercamiento a Enrique de Trastámara. Garantizado el concurso del navarro y, por consiguiente, la disponibilidad de Roncesvalles, la señal para el comienzo de la expedición estaba dada.

Aunque existe un común acuerdo en considerar la dificultad de precisar detalladamente la totalidad de las fuerzas del ejército del Príncipe de Gales y su composición, se puede dar una idea bastante aproximada de cuántas y cuáles serían las que invadieron el reino de Castilla en 1367. De acuerdo con las informaciones proporcionadas por Froissart, López de Ayala y el anónimo autor del *Heraldo Chandos* se ha fijado entre 6.000 y 10.000 el número de hombres que dirigía Eduardo de Gales.

Los más conocidos investigadores han situado entre estas cifras el total del ejército anglogascón. Russell afirma que el Príncipe disponía habitualmente de alrededor de 4.000 caballeros, repartidos entre arqueros y hombres de armas, por lo que resulta difícil pensar que el resto de los guerreros que formaban su ejército pudieran rebasar los 6.000. Ello le lleva a no descartar que la realidad del conjunto fuera inferior a 10.000, cifra dada por López de Ayala y prácticamente aceptada hasta ahora. Uno de los últimos historiadores que se ha ocupado de la expedición, Kenneth Fowler, ha rebajado las cifras de partida a 8.000 hombres, inclinándose preferentemente por los 6.000, cantidad que se abre paso como la más cercana a la realidad.

El conjunto del ejército que se dirigía contra Enrique de Trastámara era un heterogéneo mosaico de fuerzas constituido por las Compañías de mercenarios ingleses y gascones; los caballeros y jinetes castellanos partidarios de Pedro I que se habían concentrado en Aquitania; las fuerzas de los señores gascones, encabezados por el Conde de Armagnac; los aragoneses seguidores de Jaime de Mallorca y contrarios a Pedro IV el Ceremonioso; las tropas procedentes de las guarniciones inglesas de Gascuña y los efectivos enviados desde Inglaterra por Eduardo III al mando de Juan de Lancaster. Según Russell, casi la mitad del ejército reunido procedía de las guarniciones inglesas del área gascona mientras que Fowler afirma que los contingentes de las Compañías constituían entre la tercera parte y la mitad del total del ejército del Príncipe de Gales. Es decir, que los mercenarios y las tropas inglesas eran la mayoría de los hombres de las fuerzas invasoras en un porcentaje abrumador.

Las Compañías eran tropas que destacaban por su preparación y eficacia, lo que se unía a la cuantía numérica con que contaban en el seno del ejército anglogascón para confirmar su importancia. Bearneses, gascones, ingleses que servían en las distintas Compañías fueron incorporados a las fuerzas del Príncipe Negro, quien estaba especialmente interesado por aquellos grupos de mercenarios que habían regresado de Castilla tras combatir a sueldo de Enrique de Trastámara. La buena labor llevada a cabo por Sir John Chandos se tradujo en la incorporación al ejército de una serie de Compañías —14, según Fowler— identificadas por este autor a partir de una obra atribuida al caballero inglés conocido como *Heraldo Chandos* y que, gracias a Jean Froissart, pueden ser situadas en el conjunto del ejército del Príncipe Eduardo⁹. La mayor parte de las mismas fueron colocadas en la vanguardia bajo el mando de Lancaster y Chandos, siendo su contribución decisiva para el triunfo de Nájera. Otra parte nada desdeñable de las Compañías las situó el Príncipe Negro en la retaguardia bajo su mando para prevenir los efectos de una eventual derrota de la vanguardia. De acuerdo con Fowler, las Compañías desempeñaron un papel fundamental en el dispositivo del ejército aliado y en el desarrollo de los acontecimientos*.

Una vez reunido un ejército formado por la flor y nata de la caballería de la época, como decía Froissart y el propio Canciller Ayala quien, pese a su condición de combatir en Nájera bajo los estandartes de la Banda y ser fiel a Enrique de Trastámara, no deja de reconocer la importancia del contingente agavillado junto a los Pirineos, el momento de la marcha era cuestión de horas. A pesar de que pueda parecer extraño iniciar una campaña en un mes de invierno, máxime teniendo en cuenta los parajes que había de atravesar el ejército anglo-gascón, había una serie de razones que aconsejaban al Príncipe Negro comenzar la marcha.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que, según Pierre Contamine, las campañas invernales fueron relativamente numerosas durante la Edad Media, aunque sin duda inferiores en número a las llevadas a cabo a lo largo del verano. En un análisis de 120 batallas libradas a lo largo de los siglos XIV y XV, efectuado por W. Erben, aparecen dieciocho de ellas celebradas entre diciembre y marzo, lo que confirma lo anteriormente

⁹ FOWLER, KENNETH, *Ob. cit.*, pp. 36 y ss. Este autor se basa en *La vie du Prince Noir*, ed. D. B. Tyson, Tubingen, 1975, atribuida al Heraldo Chandos, para todo lo relativo a las Compañías y a la expedición del Príncipe de Gales a Castilla.

* Ver apéndice I.

afirmado por Contamine¹⁰. Otras razones para iniciar la expedición en los meses invernales fueron las dificultades financieras para mantener durante largo tiempo a un ejército de grandes dimensiones, el cual generaba unos elevados gastos que corrían de momento a cargo del hijo de Eduardo III, así como el deseo de evitar la consolidación de Enrique de Trastámara en el trono castellano. Si estos motivos eran de por sí suficientes para recomendar el comienzo del ataque, a ellos hay que añadir la casi segura presión de Pedro I para iniciar cuanto antes las operaciones encaminadas a recuperar el trono de Castilla. Todos estos factores, junto a la neutralidad que con toda seguridad mantendrían Portugal, Aragón, Francia y el Bearn, aconsejaban emprender la campaña. A mediados de febrero del año 1367 el ejército dirigido por el Príncipe de Gales inició su marcha hacia Roncesvalles desde sus dominios gascones. En él marchaban Pedro I, Jaime de Mallorca, el Duque de Lancaster, los Condes de Foix y Armagnac, el Capal de Buch, Sir John Chandos, Condestable de Guyena, el señor de Albret y otros tantos caballeros y jefes de Compañías que combatían al lado del Príncipe Negro. Junto a los *hombres de armas* estaban los arqueros ingleses, probablemente los combatientes más efectivos de la época, aureolados con los triunfos de Crecy y Poitiers, quienes marchaban montados portando su *long bow* de madera de tejo capaz de atravesar con sus flechas una armadura, así como combatientes auxiliares de infantería y ballesteros hasta completar los alrededor de 8.000 hombres de que constaba el total de los efectivos a las órdenes del heredero de la Corona inglesa.

Este ejército iniciaba la expedición bajo la dirección de un experto combatiente como el Príncipe de Gales, quien entre octubre y noviembre de 1355 había cruzado el sur de Francia, desde sus dominios gascones hasta el Mediterráneo, regresando a sus bases tras haber recorrido casi 1.000 kilómetros saqueando campos y ciudades y reunir un inmenso botín. Ahora, doce años después, a los caballeros que acompañaban a Eduardo de Gales les animaba idéntico entusiasmo, convencidos de poder repetir la fructífera aventura francesa por tierras castellanas mientras restauraban en su trono a un rey legítimo desposeído por un bastardo. Prácticamente todo lo que un noble del siglo XIV necesitaba para partir a una campaña era la causa justa que el Príncipe de Gales decía defender y las perspectivas de botín y dinero que ofrecía la expedición.

¹⁰ CONTAMINE, PHILIPPE, *La Guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984, p. 285, y ERBEN, W., *Kriegsgeschichte des Mittelalters*, Berlín, 1929, citado por Philippe Contamine (p. 285, nota 67).

El 19 de febrero, Pedro I escribió al Concejo de Murcia una carta en la que anunciaba su paso a Castilla al día siguiente e instaba a la rebelión del reino contra Enrique de Trastámara. Esta misiva, escrita probablemente en San Juan Pied de Port preludia el inicio del paso de Roncesvalles del ejército del Príncipe de Gales, cuya vanguardia debió comenzar el ascenso ese mismo día.

La composición del ejército del Príncipe Negro y su organización en el momento de abandonar el territorio propio y entrar en los dominios navarros peninsulares, nos la revela Jean Froissart al relatarnos el orden de paso por Roncesvalles de las fuerzas aliadas¹¹. De acuerdo con su relato, el primer grupo en pasar el desfiladero fue la vanguardia —la *primera batalla*— dirigida por el Duque de Lancaster, apoyado por el Condestable de Guyena, Sir John Chandos. Formada por alrededor de 3.000 hombres, agrupaba a la mayoría de las Compañías dirigidas por capitanes gascones, ingleses e incluso bearneses, así como a arqueros ingleses. Era probablemente la parte más importante del ejército invasor junto con el cuerpo principal del mismo, mandado por el Príncipe de Gales. Precisamente esta parte, la *segunda batalla*, fue la que cruzó Roncesvalles tras las huestes de Lancaster. Al mando de Eduardo, los capitanes de Compañía y la mayoría de los señores gascones vasallos del Príncipe, se adentraron en la parte peninsular del reino de Navarra en dirección a Castilla. Junto a las tropas anglo-gasconas marchaban los escasos efectivos castellanos y navarros que participaban en la expedición acompañados por Pedro I de Castilla y Carlos II de Navarra, quien tras haber hecho acto de presencia junto a sus aliados procuró quitarse de en medio utilizando una estratagema mediante la cual el capitán Oliver de Mauny tendría que simular tener retenido al navarro en el castillo de Borja. Cerraba la marcha a través de los Pirineos la *tercera batalla*, dirigida por el Conde de Armagnac acompañado por Jaime de Mallorca y el Capta de Buch, formada por señores gascones y varias Compañías de mercenarios*.

El paso del ejército de Eduardo de Gales por Roncesvalles se alargó durante varios días aunque las únicas dificultades que encontró fueran las derivadas de la orografía y la estación. Una vez que la hueste descendió hacia Pamplona estaba en el ánimo de todos los participantes la satisfacción de haber superado quizá el mayor obstáculo de toda la campaña. La rapidez con que avanzaban las fuerzas antitrastamaristas tras pasar el

¹¹ FROISSART, JEAN, *Les Chroniques*, 1º, París, 1890, pp. 523-524. Libro I, Parte II, Cap. CCXIV-CCXVI.

* Ver apéndice 2.

desfiladero debía ser grande, ya que el día 23 de febrero el conjunto del ejército de Eduardo estaba acampado alrededor de la capital navarra.

Las noticias de la llegada a Navarra del Príncipe de Gales causaron consternación en Aragón donde el rey Pedro IV movilizó a sus fuerzas con la seguridad de verse implicado por la temida cabalgada del inglés dado su alineamiento francófilo y enriqueño. Sin embargo, afortunadamente para el aragonés, el Príncipe Negro no desvió su marcha del objetivo perseguido: Burgos y el destronamiento y captura del usurpador, como paso previo para obtener lo estipulado en los acuerdos de Libourne.

Cabe suponer que cuando Enrique de Trastámara supo en Burgos, donde había convocado a las Cortes, de la invasión anglogascona y que ésta había sido facilitada por Carlos II de Navarra, con quien poco antes había establecido un acuerdo en Santa Cruz de Campezo, debió comprender, tras la inicial sorpresa, que el tiempo de angustiosa espera y especulación ante los movimientos de sus enemigos había finalizado dejando paso a la acción. Hombre de carácter que no se arredraaba ante las dificultades, Enrique no estaba dispuesto a renunciar a la corona que ceñía sus sienes y que tantos esfuerzos le había costado y tantos años había tardado en conseguir. De la lectura de López de Ayala, trastamarista como la mayoría de la nobleza castellana y combatiente junto a su rey frente a Pedro I, se desprende la enérgica actitud adoptada por Enrique quien, consciente de que su acuerdo con el navarro era papel mojado, se dispuso a hacer lo único que estaba en su mano. Rápidamente reunió a sus fuerzas y mandó llamar a las Compañías a su servicio, dirigidas por Du Guesclin, D'Audrehen y otros caballeros¹², para que se concentraran en el encinar de Bañares cerca de Santo Domingo de la Calzada, con la intención de cerrar el paso del Príncipe hacia Burgos, ciudad clave en aquellos momentos. Con una tropa más reducida y de inferior calidad, Enrique de Trastámara estaba dispuesto a enfrentarse con el considerado mejor ejército de la época, al tiempo que se extendían por el reino las rebeliones petristas coincidiendo con la vuelta del rey. Al mismo tiempo, el Príncipe de Gales daba las oportunas instrucciones a los caballeros bajo su mando para iniciar la marcha hacia Castilla. Desplegado según hemos visto, atravesó Roncesvalles y dispuso que abriera la marcha la vanguardia del Duque de Lancaster, quien iba a llevar el peso del avance por tierras alavesas y

¹² Junto a los citados hay que señalar a otros jefes de Compañía que estaban al servicio de Enrique de Trastámara como Pierre de Villaines, Bégue de Villaines; Barón de Hainaut; Señor de Antoing; Jean de Berguette; Gauvin de Bailleul; Alland, Señor de Brifeuil; Vizconde de Rokebertin, todos ellos francobretones (*Ibidem*, p. 533).

* Ver apéndice 2.

riojanas. De este frente partió una fuerza de reconocimiento al mando de William Felton formada por unos doscientos hombres que desempeñó un activo e importante papel en el transcurso de las operaciones hasta su aniquilamiento. Nada más acampar el ejército en Pamplona, William Felton aprovechó la confusión reinante en los primeros momentos de la invasión, así como su carácter de avanzadilla para llevar a cabo una cabalgada que le condujo sin encontrar oposición alguna a Logroño, ciudad que permanecía fiel a Pedro I, siguiendo la ruta que de Pamplona a Estella conducía a Burgos. La audacia de William Felton le llevó a sobrepasar Logroño y continuar en dirección a Santo Domingo de la Calzada, en cuyas inmediaciones chocó a finales de febrero con tropas castellanas, sin duda pertenecientes a las mesnadas enriqueñas entonces desplegadas en el cercano encinar de Bañares.

La importancia de la pequeña expedición de William Felton no sólo se limitó a los aspectos tácticos, entre los que hay que destacar la brillantez y celeridad de los movimientos del capitán inglés, sino también los estratégicos, ya que sus informes influyeron decisivamente en la elección del itinerario escogido por el Príncipe de Gales para dirigirse al corazón de Castilla. Eduardo probablemente tenía decidido dirigirse a Burgos por el camino más corto, cómodo y, aparentemente, seguro como era la citada ruta Estella, Logroño, Santo Domingo de la Calzada, con la intención de tomar la que consideraba capital de Castilla y restaurar en el trono a Pedro I. El rey castellano no sería ajeno a esta decisión inicial, ya que estaba deseoso de tomar una ciudad importante para mostrar a sus partidarios la firmeza de posición. Sin embargo, afirma Russell que los informes aportados por William Felton, según los cuales Enrique de Trastámara había situado sus fuerzas en Santo Domingo para cortar el paso a los invasores, hicieron variar la decisión inicial del Príncipe de Gales. Aunque el especialista británico afirma que a este cambio contribuyó la desconfianza de Eduardo hacia Carlos II de Navarra y el posible cierre de sus vías de comunicación con Gascuña, es incomprensible la decisión tomada por Eduardo de Gales quien renunció a la seguridad que representaba Logroño, una ciudad en manos petristas, para cruzar el río Ebro, último obstáculo antes de Burgos. Es difícil creer que al Príncipe Negro pudiera sorprenderle el despliegue de las escasas fuerzas de Enrique pues, conociendo su personalidad, lo esperado era que el castellano hiciera frente a la invasión con todos los medios a su alcance. Tampoco cabe pensar que ignorase la escasa magnitud de las fuerzas enriqueñas, a lo que se puede añadir que, en caso de haber continuado el avance, habría conseguido un choque frontal con las fuerzas trastamaristas el cual, como se vio en Nájera, se hubiera resuelto a favor de los anglogascones acortando la campaña. Por el contrario, Eduardo de Gales, excesivamente prudente

en este caso, actuó como si desconociera los reducidos medios de su enemigo y temiese las consecuencias de un enfrentamiento directo entre ambas formaciones.

Cabe pensar que Pedro I intentase convencer al Príncipe Negro para continuar hacia Burgos por el camino ya emprendido, pero éste hizo caso omiso a las presuntas presiones castellanas al optar por un nuevo itinerario que le condujo desde Pamplona a tierras de Alava con la intención de ocupar Vitoria, cruzar el Ebro por Miranda y caer sobre Burgos. La decisión de internar a un nutrido ejército, con gran cantidad de caballos, en tierras alavesas en pleno invierno siguiendo una ruta que suponía un notable rodeo para alcanzar el objetivo final, era un error estratégico que tuvo menores consecuencias de las que probablemente hubiese traído consigo de contar Enrique de Trastámara con fuerzas más numerosas y efectivas y una retaguardia segura. El ejército invasor tuvo problemas de aprovisionamiento, de forrajes y de alojamiento, al tiempo que veía su avance cerrado por montañas desde donde los efectivos trastamaristas aguardaban en posiciones favorables la llegada de los ingleses. Como veremos más adelante, el precio pagado por el heredero del trono de San Jorge fue la derrota de Ariñez, la cual pudo haber tenido importantes consecuencias para el conjunto de la empresa.

Alrededor del 5 de marzo, el ejército dirigido por Eduardo abandonó Pamplona en dirección noroeste con el propósito de alcanzar Vitoria, vía Alsásua y Salvatierra. La marcha de las fuerzas anglogasconas se organizó de acuerdo con el orden establecido en tierras navarras. Abriendo paso marchaban el Duque de Lancaster y John Chandos con una selecta y poderosa parte del ejército mientras que en posición avanzada, desempeñando brillantemente su papel de fuerza de reconocimiento, se encontraba William Felton con sus doscientos hombres. A continuación de la vanguardia se situaba el centro, que agrupaba la parte más numerosa del ejército, dirigida por el Príncipe Negro, con Pedro I a su lado. Cerrando la marcha se situaban las fuerzas de retaguardia del Conde de Armagnac.

En los días que cerraban febrero y abrían el mes de marzo, el Bastardo concentró sus fuerzas en Bañares, donde acudieron las Compañías francesas de Du Guesclin y D'Audrehen procedentes de Aragón. En este lugar cercano a Santo Domingo de la Calzada el pretendiente tuvo conocimiento a primeros de marzo, poco antes de penetrar en Alava, de la desertión de 600 hombres enviados sobre Agreda, una ciudad castellana situada en tierras de Soria, que tenía una gran importancia por su emplazamiento junto a una de las rutas que conducían a Aragón, por lo que en esos momentos su obediencia legitimista revestía especial peligro para el

Trastámara. Lo sucedido supuso un rudo golpe para el pretendiente en una ocasión muy delicada. Las noticias de la defección de los caballeros castellanos ante los muros de la petrista ciudad de Agreda debieron llegar a Bañares casi al mismo tiempo que la nuevas anunciando la partida del Príncipe de Gales en dirección a Vitoria. La situación era realmente difícil para Enrique ya que a la amenaza inminente del ejército de Eduardo y Pedro I. se unía una creciente inestabilidad interna a causa de la actividad de los agentes petristas quienes fomentaban todo tipo de acciones respaldadas por la presencia en Castilla del legítimo monarca.

Durante su estancia en el encinar de Bañares, resguardado su ejército de los vientos y fríos invernales y al acecho de los movimientos realizados por el Príncipe de Gales, el futuro Enrique II recibió cartas de Carlos V de Francia en las que, con conocimiento de causa, aconsejaba llevar a cabo una guerra de desgaste y evitar el choque directo con las tropas anglogasconas. Los capitanes de *routiers* Du Guesclin y D'Ahudrehn que estaban al servicio del Trastámara también recomendaban idéntica táctica, fruto de su experiencia en la lucha contra los ingleses. Los dos caballeros, desde que supieron de la entrada del Príncipe Negro en Alava, aconsejaron con vehemencia llevar a cabo una guerra de pequeñas escaramuzas y hostigamientos constantes, aprovechar las dificultades que la logística y el invierno iban a traer al ejército invasor y procurar mantenerlo en tierras alavesas cerrando los pasos montañosos que conducían a las comarcas burgalesas y riojanas. Esta táctica, propia de las compañías bretonas que tan buenos resultados iba a dar en futuros enfrentamientos entre ingleses y franceses, contaba con la oposición de la nobleza castellana partidaria del futuro Enrique II que, como el canciller López de Ayala¹⁸, preconizaba el choque directo con las fuerzas anglogasconas. Para los grandes de Castilla rehusar la batalla suponría un rasgo de cobardía y un reconocimiento de la propia inferioridad, extremos compartidos por Enrique de Trastámara, quien además debía contemplar una retirada ante las fuerzas del Príncipe de Gales, por muy estratégica que fuera, como la señal para la desbandada de sus partidarios. Estas razones, junto a la tentación de correr el albur de resolver el conflicto en un solo choque afortunado, pesaban poderosamente en el ánimo del Bastardo a la hora de tomar una decisión definitiva.

La farsa montada por Carlos II de Navarra con el concurso de Oliver de Mauny para distanciarse de los aliados anglocastellanos fue una medi-

¹⁸ LÓPEZ DE AYALA, PEDRO, *Crónica del Rey Don Pedro I*, Ed. BAE, LXVI, Madrid, 1953, año 1367, Cap. VI, p. 553.

da de prudencia y cálculo político que ponía de manifiesto lo aleatorio del resultado final de la expedición. No es casualidad que el rey navarro decidiera convertirse en "prisionero" del mercenario en los mismos días en que Eduardo de Gales cabalgaba por tierras alavesas, renunciando así a la ruta riojana en su marcha hacia Burgos. La decisión del inglés provocó la desconfianza del astuto rey navarro. Poco después las fuerzas invasoras se detuvieron en la segunda semana de marzo en Salvatierra debido a la falta de víveres y al mal tiempo, lo que supuso no sólo la pérdida de un hipotético factor sorpresa, sino también unos días preciosos que no fueron desaprovechados por Enrique de Trastámara. Este, una vez que supo de la presencia del inglés en Salvatierra, abandonó Bañares con la intención de cerrar el paso hacia Burgos desde tierras de Alava, llevando consigo el pesar de la desertión de los jinetes enviados contra Agreda y la evidencia del nulo respaldo internacional obtenido tras la neutralidad de Francia y Aragón, pero con la esperanza de aprovechar los márgenes de maniobra que le concedía el de Gales con sus inesperadas decisiones estratégicas. Rápidamente Enrique ocupó los altos de Zaldiarán, bloqueando el camino que llevaba de Vitoria a Miranda y al río Ebro, al tiempo que esperó el avance de su enemigo en posiciones muy favorables.

A mediados de marzo el Príncipe Negro reanudó su marcha sobre Vitoria, con los característicos problemas de alojamiento y víveres que acompañan a un gran ejército, siempre precedido por la activa e inquieta avanzadilla de William Felton. Este, en su cabalgada de exploración por delante de la vanguardia, llegó a sobrepasar Vitoria y acampa en Ariñez, un lugar situado a 7 Km. al sur de la capital alavesa, desde donde comunicó al Príncipe Negro las posiciones de los trastamaristas en Zaldiarán mientras comenzaba a explorar el terreno con la intención de encontrar víveres y forraje. En la tercera semana de marzo de 1367 las fuerzas de Eduardo y Pedro I acamparon alrededor de Vitoria en difíciles condiciones climatológicas y con el camino de Burgos cerrado^{13 bis}. Mientras

^{13 bis} Para hacerse una idea completa de la difícil situación en que se hallaba el ejército anglo-petrista conviene señalar que en esos momentos Vitoria era una ciudad de obediencia trastamarista. Probablemente había enviado representantes a las Cortes de Burgos, convocadas por el pretendiente en febrero, donde debió recibir la confirmación de sus privilegios. Esta práctica, poco habitual en don Enrique ya que habitualmente escatimó estas concesiones, contribuyó a alejar a la ciudad alavesa del petrismo. Parece que el Trastámara optó en febrero de 1367 por esta política favorable a los concejos no sólo para intentar conservar la fidelidad del mayor número posible de ellos y contrarrestar iniciativas equivalentes de Pedro I, sino también, en el caso de Vitoria, debido a la amenaza de invasión y a la necesidad de mantener la ciudad bajo su obediencia. Esta era una circunstancia que se revelaba especialmente importante a causa de su situación fronteriza y a la cercanía de la

la mayoría del ejército combatía el frío y la lluvia, las partidas inglesas que recorrían los alrededores en busca de provisiones eran continuamente hostigadas por fuerzas de Enrique de Trastámara. La táctica seguida por éste, atrincherado en los altos de Zaldiarán, acosando sin cesar a los anglogascones y dejando que su moral se quebrantase a causa de la inmovilidad y las dificultades de todo tipo, parecía responder a los consejos de Carlos V de Francia y a las recomendaciones de Du Guesclin, ya que el desgaste y no el choque era el fin perseguido. La eficacia de esta estrategia y lo acertado de los consejos de los franceses se puso de manifiesto en toda su intensidad con ocasión de la pequeña batalla de Ariñez. Dada la pasividad de Eduardo de Gales y la seguridad de las posiciones ocupadas por sus fuerzas, don Enrique decidió enviar una fuerza de cierta envergadura al mando de su hermano don Tello para atacar con superioridad a las partidas inglesas que pululaban por los alrededores de Vitoria. Este contingente estaba integrado por fuerzas castellanas dirigidas por el Marqués de Villena, Pedro González de Mendoza, Juan Ramírez de Arellano, y otros, así como por compañías franco-bretonas al mando de Arnould D'Audrehen y Pierre de Villaines, el Bégue de Villaines, en condiciones de superioridad con las pequeñas fuerzas inglesas que recorrían la tierra próxima a Vitoria. A poco de partir de Zaldiarán y de abandonar las posiciones trastamaristas, las fuerzas de don Tello toparon con una partida de ingleses y gascones de la Compañía de Hugo de Calveley, aunque no hay datos que permitan afirmar la presencia de este capitán entre sus filas, por el contrario, Froissart afirma que no estaba frente a sus tropas. Estos, en inferioridad de condiciones, sufrieron algunas bajas tras lo que huyeron rápidamente al tiempo que alertaban al Duque de Lancaster, jefe de la vanguardia del ejército del Príncipe de Gales de donde procedían. En esos momentos, don Tello ya había localizado el campamento de William Felton en Ariñez, donde se había instalado siguiendo su táctica de avanzada.

La caballería castellana, probablemente integrada en su mayoría por fuerzas de tipo ligero, conocidas en la época como *jinetes*¹⁴, caracterizada por su presteza y lo liviano de su armadura y armamento, era idónea para encuentros rápidos, para la incursión y la escaramuza, al contrario de lo que sucedía con los *hombres de armas*, caballeros y equipo y armas pesadas capaces de combatir a caballo o a pie, de gran capacidad de choque

previsible ruta invasora. Vid. GONZÁLEZ MINGUEZ, C., *Las ciudades durante la guerra civil entre Pedro I de Castilla y Enrique II de Trastámara: el ejemplo de Vitoria*, en "Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez Fernández", Valladolid, 1991, pp. 230-235.

¹⁴ MACKAY, ANGUS, *La España de la Edad Media*, Madrid, 1980, p. 163.

pero de escasa movilidad. Dada la superioridad de los atacantes, Felton se atrincheró en una colina desde donde rechazó gracias al empleo de los eficaces arqueros ingleses, portadores del *long bow de tejo*, de una gran potencia y cadencia de fuego, las embestidas de don Tello. Uno y otro ataque de los jinetes castellanos fueron detenidos por los hombres de William Felton hasta que Arnould D'Audrehen y Pierre de Villaines, conocedores de las tácticas vigentes, decidieron junto con algunos caballeros castellano dotados de sólidas armaduras, desmontar y atacar a pie las posiciones de los ingleses. La acción combinada de los jinetes ligeros con los *hombres de armas* desmontados tuvo éxito, así que apoyados en su superioridad numérica, los trastamaristas arrollaron a los anglo-gascones.

La utilización de la caballería pesada sin sus cabalgaduras, combatiendo a pie, no era una novedad del siglo XIV, a pesar de ser la centuria la época dorada de esta táctica, pero sí fue un acontecimiento en Castilla, aunque sus protagonistas fueron mayoritariamente ingleses, gascones y franceses. Ariñez también tiene el honor de ser el primer lugar de Castilla en el que los arqueros ingleses, un auténtico cuerpo de élite de la época, entraron en acción demostrando su eficacia al rechazar los ataques de una fuerza muy superior en número. Felton hizo lo que hasta entonces solían hacer las mesnadas inglesas: atrincherarse lo mejor posible en un lugar elevado, desplegar los arqueros y desmontar a la caballería pesada haciéndola combatir a pie. A pequeña escala y con muchísima modestia, Felton casi reprodujo lo que hizo Eduardo III en Crecy, quien aprovechó el gran alcance y potencia del arco largo (1,95 m de altura), apoyado por una sólida muralla de caballeros desmontados y atrincherados para derrotar a las fuerzas francesas basadas en la caballería.

Aunque los castellanos eran inexpertos acerca de la táctica militar vigente en Europa, a su lado estaban los caballeros franco-bretones D'Audrehen y Villaines para tomar la iniciativa en el combate gracias a su experiencia en la guerra con los ingleses, especialmente intensa la del primero de ellos, Mariscal de Francia y veterano de Crecy y Poitiers, todo sin olvidar el pasado de Enrique de Trastámara y sus hermanos como *rou-tiers* al servicio del rey de Francia durante uno de sus exilios en este país.

Las fuerzas de William Felton fueron masacradas en los altos cercanos a Ariñez, en una colina que todavía en 1520 recibía el nombre de *Inglesmendí*, monte de los ingleses, tras una heroica resistencia¹⁵. El jefe de Compañía inglés y la mayoría de sus hombres murieron en el ataque combinado de don Tello, L'Audrehen, Pierre de Villaines y Juan Ramírez de Arellano, mientras que otros caían prisioneros de los castellanos.

La expedición de don Tello no pudo ser ni más fructífera ni más reve-

ladora para los trastamaristas. En primer lugar, supuso una importante inyección de moral pues se había infligido una derrota al que consideraba el mejor ejército de la Cristiandad, dirigido por el prototipo del caballero triunfador. En segundo lugar, Enrique de Trastámara consiguió desconcertar, bien que por poco tiempo, a los invasores gracias a la acción de Ariñez; al mismo tiempo se ponía de manifiesto la eficacia de la táctica de desgaste recomendada por Du Guesclin, D'Audrehen y el propio rey de Francia ante la invasión aliada. El triunfo de don Tello puso de relieve lo adecuado de las fuerzas castellanas para la táctica de ataques rápidos, de incursiones relámpago capaces de golpear con fuerza y retirarse fugazmente, como reveló lo sucedido en Ariñez. El encuentro demostró también la importancia casi decisiva que tenían las Compañías en el ejército de don Enrique ya que fue la intervención de Villaines y el Mariscal D'Audrehen la que consiguió vencer la resistencia de William Felton. Para las fuerzas anglo-gasconas lo ocurrido en Ariñez fue fruto del exceso de confianza y del relajo con que se acometió la campaña por tierras de Alava y representó una merma en el prestigio del Príncipe de Gales, hasta entonces considerado invencible¹⁶. Podemos concluir afirmando que Ariñez fue el precio pagado por Eduardo a causa del error que supuso variar su itinerario al salir de Pamplona, cuando renunció al camino que llevaba directamente a Logroño para dirigirse al norte en dirección a Vitoria.

Don Tello, tras la derrota de los anglogascones y el saqueo de los campamentos abandonados en su precipitada retirada¹⁷, retornó a la seguridad que proporcionaban los altos de Zaldiarán, mientras que el Príncipe Negro, alertado por Lancaster y Hugo de Calveley, desplegó a su cansado ejército en orden de combate al sur de Vitoria, en la colina San Román, a la espera de lo que consideraba iba a ser el choque definitivo con el grueso de las fuerzas de Enrique de Trastámara. Entre tanto esperaba la deseada embestida castellana, Eduardo de Gales se dispuso a cumplir con el ritual caballeresco previo al combate procediendo a

¹⁶ SANTOYO, JULIO CÉSAR, *El Príncipe Negro en Alava*, Vitoria, 1973, nota 18. Es una recopilación de las *Crónicas* de Jean Froissart relativa a la expedición de Eduardo de Gales por tierras alavesas, anotadas por el autor.

¹⁶ RUSSELL, P. E., *Ob. cit.*, p. 91.

¹⁷ Russell da por buena la noticia de Jean Froissart según la cual las fuerzas de don Tello saquearon el campamento del Duque de Lancaster; sin embargo, López de Ayala no alude a esta acción. Es difícil creer que las fuerzas del hermano de Enrique, que no debían ser muy numerosas —1.000 hombres si no menos— pudieran hacerse con los reales de Juan de Gante y, en caso de haber sido así, Ayala lo hubiera relatado con todo lujo de detalles (*Ibidem*, p. 91).

armar caballero a Pedro I y a otros miembros del ejército anglogascón¹⁸. Sin embargo, el esperado enfrentamiento entre el grueso de los contendientes no iba a producirse. Al tener noticia de la retirada de don Tello a los altos de Zaldiarán y percatarse de que esta fuerza no era de la vanguardia trastamarista sino una expedición de hostigamiento, el Príncipe de Gales se encontró en la necesidad de tomar una decisión ya que el camino estaba cerrado por los castellanos mientras que permanecer más tiempo en Vitoria suponía incrementar las dificultades de abastecimiento y alargar peligrosamente la campaña. El balance de la expedición para Eduardo de Gales era hasta esos momentos desalentador ya que, tras casi un mes de penosa marcha, nada se había hecho, por el contrario se había sufrido una derrota que aunque había tenido escasos efectos en lo que a la pérdida de hombres y material se refiere, la magnitud del daño moral y las repercusiones estratégicas de la misma eran más importantes. En un entorno invernal carente de víveres, forraje y alojamiento, con el riesgo de sufrir continuos hostigamientos y ser víctimas de la temida táctica de desgaste que esquiva el choque directo, al Príncipe Negro sólo le quedaba una salida y ésta no era otra cosa que abandonar Alava.

Eduardo de Gales enmendó su error de principios de marzo y decidió marchar sobre Burgos por el itinerario de Logroño, por lo que levantó su campamento para dirigirse hacia el sudeste con la intención de alcanzar Los Arcos, ya en la ruta Pamplona-Estrella-Burgos. El 27, según Russell, inició su marcha, teniendo como etapas del recorrido Maestu, Santa Cruz de Campezo, escenario de la entrevista de Enrique de Trastámara y Carlos II de Navarra a principios de este año de 1367, hasta llegar a Los Arcos, en la calzada que lleva a Logroño. La marcha debió ser difícil y en condiciones climatológicas adversas, pero en poco tiempo el gran ejército anglopetrista recorrió el itinerario previsto para situarse ante Viana el día 31 de marzo. La amenaza para las posiciones de Enrique era evidente y superior a la de una semana antes. El movimiento del de Gales había transformado radicalmente la situación de la campaña.

El pretendiente castellano había recibido de los últimos días una alta dosis de moral, necesaria tras las desertiones producidas a raíz de los acontecimientos de Agreda, gracias a la victoria de Ariñez pero la alegría duró poco en el campamento trastamarista. La noticia del abandono de

¹⁸ El rito en cuestión ha sido estudiado detenidamente por Nelly R. Porro en su tesis doctoral —inédita— titulada *La investidura de armas en León y Castilla del Rey Sabio a los Católicos*. (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1986, 661 fols.).

Vitoria por las fuerzas anglo-gasconas en una dirección opuesta a Miranda de Ebro sólo podía preludear la maniobra que realmente estaba efectuando el Príncipe de Gales y que no tardaron en confirmar los exploradores castellanos. De nuevo Enrique de Trastámara tuvo ocasión de demostrar su moral de hierro en los momentos difíciles al reaccionar con decisión y dirigirse rápidamente hacia el sur para cortar el paso a las fuerzas que se disponían a caer sobre Burgos. Su intención era tomar posiciones en el camino que llevaba de Logroño a Burgos lo antes posible. No sabemos si él pretendiente pensaba repetir la táctica que con tan buenos resultados había empleado en Alava, el hostigamiento y el desgaste, aprovechando los accidentes geográficos, aquí menos favorables, aunque el principal obstáculo, el río Ebro, no constituyó ningún impedimento para Eduardo, ya que pudo cruzarlo en Logroño con toda tranquilidad al ser esta ciudad de obediencia petrística.

El 31 de marzo, cuando el Príncipe Negro ya se había situado en Viana, don Enrique estaba esperando informes en San Vicente de la Sonsierra, a medio camino entre Zaldiarán y Nájera, para confirmar el camino seguido por el ejército anglopetrista. Cuando quedó claro cuáles eran las intenciones del inglés —¿esperaría quizás Enrique que el inglés tomara la dirección de Pamplona y abandonase la campaña?— el Trastámara se dirigió a Nájera, lugar de infausto recuerdo para su memoria, donde acampó el 1º de abril situando su campamento, según Ayala, detrás del río Najerilla, de tal manera que servía de obstáculo para el avance aliado. Una vez más el pretendiente castellano había efectuado una brillante y rápida maniobra que le permitía bloquear el paso de las fuerzas invasoras.

Ese mismo día Pedro I desde Logroño envió cartas a varias villas y ciudades del reino con la intención de elevar la moral de sus partidarios tras las infructuosas semanas de campaña¹⁹. Este hecho anunciaba la inminencia de un choque directo entre las fuerzas contendientes lo que suponía una súbita ruptura de la situación de expectación del mes de marzo. La aproximación y la prudencia dejaban su lugar a la decisión.

Fue en estos momentos cuando se produjo el curioso episodio del intercambio de notas entre el Príncipe de Gales y Enrique de Trastámara. El inglés inició la correspondencia desde Navarrete con una misiva en la que, sin tratar a Enrique como monarca, le instaba a dejar el trono a su legítimo dueño y evitar el derramamiento de sangre. La contestación del pretendiente fue una relación de las atrocidades cometidas por Pedro I y una justificación de su proclamación como rey de Castilla, apoyada en

¹⁹ RUSSELL, *Ob. cit.*, p. 92.

la voluntad del reino de acuerdo con la tradición visigoda. También apelaba a la condición de caballero que adornaba al Príncipe para instarle a dejar de apoyar a alguien que como Pedro I, según su hermanastro, era totalmente ajeno a las reglas de caballería. El intercambio epistolar como era de suponer no tuvo ninguna consecuencia; las cartas dejaron su lugar a las armas.

El viernes 2 de abril, mientras el Príncipe llegaba a Navarrete, los jefes de las Grandes Compañías al servicio del pretendiente, los franceses Beltran Du Guesclin, Arnould D'Audrehen y Pierre Villaines mostraron su enorme prevención ante un choque directo con el ejército anglo-gascón y señalaron las escasas posibilidades de salir con éxito del mismo. Por su parte, Enrique de Trastámara era consciente de que no podía retrasar por más tiempo la batalla ya que la presencia en Castilla de Pedro I junto con un gran ejército a su lado era un factor de inestabilidad para todo el reino. La condición de usurpador que tenía el Bastardo, su aislamiento internacional y lo reducido de sus recursos, aconsejaban optar por el enfrentamiento, jugándose todo a una carta. Si el encuentro no era decisivo y resultaba en el peor de los casos indeciso, el prestigio del Príncipe Negro sufriría otra merma que se añadiría a la experimentada a raíz de la derrota de Ariñez, y muy probablemente se precipitase su retirada al alargarse en exceso la campaña.

Tras estas reflexiones, Enrique de Trastámara decidió mover su ejército, cruzar el río Najerilla y desplegarse en el caserío de Alesón, a unos 3 km al este de Nájera, cortando la calzada por donde se esperaba llegaría el Príncipe de Gales procedente de Navarrete. Esta decisión que suponía abandonar una posición ventajosa e idónea para resistir un ataque gracias al río que tenían delante los trastamaristas, fue un gran error de Enrique, quizás la única equivocación por él cometida durante la campaña, comparable a la nefasta elección realizada por el Príncipe Negro al escoger el itinerario alavés en su marcha hacia Burgos. Las ventajas que concedía una favorable posición defensiva en los últimos siglos medievales tiene su mejor exponente en los ejemplos de Crecy (1346) y Poitiers-Maupertuis (1356), dos batallas en las que el ejército inglés, en el segundo caso dirigido por el Príncipe de Gales, había resultado victorioso al esperar la embestida francesa atrincherado en posiciones favorables. Hay que añadir que el error cometido por Enrique se vio agravado por el hecho de haber renunciado a controlar el único puente que atravesaba el Ebro en la propia Nájera.

Este viernes 2 de abril fue la fecha en la que ambos ejércitos adopta-

ron la disposición de batalla ante la inminencia del combate *. El ejército anglo-gascón siguió el esquema acordado antes de la campaña y que se adivina en el orden de paso observado en la travesía de Roncesvalles, según la información que nos proporciona Jean Froissart. De acuerdo con las tácticas vigentes, el ejército se dividió en cuatro grupos (*vanguardia*, *cuerpo principal* y las dos *alas*) cada una de ellas con personalidad propia. La *vanguardia* dirigida por el Duque de Lancaster, Juan de Gante, y John Chandos, estaba formada por la mayoría de las Compañías anglogasconas reclutadas y por ingleses, en especial, arqueros, aportados por el propio Duque. Esta fracción del ejército del Príncipe de Gales era la más efectiva y terrible ya que combinaba a las combativas compañías y a los arqueros ingleses, una leyenda viviente tras lo ocurrido en Crecy. Según Fowler²⁰, la importancia de los mercenarios encuadrados en las Compañías durante la batalla de Nájera fue tan grande que sin ellos no se concibe el triunfo inglés. Este grupo fue el que llevó no sólo una gran parte del peso de la batalla sino también de toda la campaña ya que esta vanguardia dirigida por Lancaster y Chandos venía actuando como tal desde los inicios de la expedición sufriendo el consiguiente desgaste. Esta parte debía reunir aproximadamente unos 3.000 hombres, todos ellos, incluso los arqueros, montados.

A continuación estaba el *cuerpo principal*, dirigido por el propio Príncipe de Gales a quien acompañaban Pedro I, Jaime de Mallorca y otros caballeros. Estaba compuesto fundamentalmente por ingleses, gascones y el resto de las Compañías que Eduardo había decidido reservarse bajo su mando para acudir a ellas en caso de derrota de las otras secciones de su ejército. El cuerpo que dirigía en persona Eduardo de Gales debía reunir alrededor de 3.000 hombres selectos y aguerridos capaces de resolver, en conexión con la vanguardia, cualquier choque en campo abierto. A estos contingentes se unían los efectivos castellanos, unos 800 si hemos de creer a Ayala, fieles a Pedro I, incrementados con las deserciones y los partidarios que, como los de Logroño, acudieron a agruparse bajo las banderas legitimistas. La heterogeneidad del cuerpo principal se completaba con las tropas navarras, una presencia casi testimonial de alrededor de 300 lanzas dirigidas por Martín Enríquez, alférez de Navarra, y las huestes al servicio de Jaime de Mallorca.

Estos núcleos centrales estaban escoltados por las respectivas alas. El *ala izquierda*, formada básicamente por los hombres del Conde de Foix y alguna Compañía, estaba dirigida por el propio Conde y Juan de Grailly, Captal de Buch, y agruparía a unos 2.000 hombres. El *ala derecha*

²⁰ FOWLER, KENNETH, *Ob. cit.*, p. 38.

* Ver apéndice 3.

estaba integrada por los caballeros gascones al mando del Conde de Armagnac y su número rondaría también los 2.000 hombres. Estas dos secciones no tenían la importancia de aquellas otras que constituían el eje neurálgico del dispositivo de batalla aliado.

El conjunto formado por el ejército del Príncipe Negro era una fuerza de tremenda efectividad y gran calidad en hombres y armamento y representaba lo mejor de Occidente en términos bélicos. Era difícil para los trastamaristas resistir en campo abierto el avance de semejante hueste, por otra parte, experta en las más modernas tácticas de combate, que unía calidad, cantidad y organización.

Era muy otra la realidad del campo trastamarista. Su reducido y heterogéneo ejército no estaba ni coordinado ni unido; no tenía un armamento, como los arcos o armaduras, comparable al de los anglogascones y no sólo desconocían en su mayoría las tácticas al uso sino que las despreciaban, como era el caso de la nobleza castellana. Las diferencias entre los jefes de las grandes Compañías, especialmente Beltrán Du Guesclin, y los magnates de Castilla eran intensas. Los franco-bretones, expertos combatientes en el contexto europeo de la Guerra de los Cien Años, estaban integrados en lo que, quizás de manera impropia, podemos denominar panorama bélico de la época. Estos mercenarios conocían las tácticas vigentes y cuáles eran los métodos más exitosos en el combate, muchas veces aprendidos en propia carne, por lo que sus recomendaciones debían haber sido seguidas al pie de la letra por los castellanos. La nobleza castellana, sumida en los particularismos de una guerra de frontera, despreciaba los consejos de los mercenarios, especialmente aquéllos que recomendaban la táctica de combatir a pie, algo inconcebible para los caballeros castellanos que nunca, a pesar suyo, llegaron a asimilar²¹. Estos eran partidarios del empleo de jinetes ligeros, con escasa protección y sin armamento pesado, muy adecuados para la escaramuza pero muy vulnerables frente a los arqueros y los caballeros anglogascones. Por el contrario, Du Guesclin y D'Audrehen recomendaban incrementar la protección de los jinetes y combatir a pie esperando la carga enemiga, de acuerdo con la creencia existente entonces según la cual el ejército de caballeros desmontados que fuera capaz de resistir la embestida enemiga saldría triunfador del choque²². Las reticencias entre *routiers* y castellanos se extendían también a otros aspectos, ya que la desconfianza mutua se veía incrementada por el odio que los peones de infantería reclutados en la zona por Enrique sen-

²¹ Russell afirma que en Aljubarrota la nobleza castellana repitió idénticos errores que costaron la derrota a Juan I (*Ob. cit.*, p. 104).

²² CONTAMINE, P., *Ob. cit.*, p. 286.

tían hacia los mercenarios que saqueaban campos y granjas. A esto, había que añadir la envidia que muchos grandes sentían hacia los jefes de Compañía a causa de las recompensas recibidas del nuevo monarca²³. En esta situación no es de extrañar la prevención existente entre Du Guesclin y D'Audrehen a entrar en combate, incrementada por la dudosa lealtad de muchos de los hombres del ejército trastamarista a quien en realidad no era más que un usurpador.

A pesar de todas estas dificultades, el ejército de Enrique de Trastámara consiguió adoptar en Alesón una disposición de batalla que seguía prácticamente el mismo esquema que los anglo-gascones. De acuerdo con información aportada por López de Ayala²⁴, existía una vanguardia, un *cuervo principal* y las preceptivas *alas* *. La *vanguardia* era la flor y nata del ejército trastamarista y la única fuerza capaz de medirse, como luego veremos, con sus enemigos. Estaba formada por las grandes Compañías franco-bretonas y los caballeros castellanos pertenecientes a la Orden de la Banda, los únicos que siguieron las recomendaciones de combatir desmontados, y la dirigía Beltrán Du Guesclin. Junto a los *hombres de armas* se alineaba un heterogéneo grupo de anticuados combatientes castellanos como los honderos así como los peones reclutados en los últimos momentos y de cuya lealtad no se podía tener total seguridad. El conjunto, según afirma Ayala y la práctica totalidad de los autores aceptan, tenía unos 1.000 hombres, cifra realmente baja en comparación con la parte equivalente en el ejército del Príncipe de Gales. La vanguardia, la unidad más selecta y efectiva de Enrique reunía prácticamente a todos los combatien-

²³ Los mercenarios que sirvieron bajo las banderas del Trastámara fueron generosamente retribuidos por éste cuando se convirtió en Enrique II. Beltrán du Guesclin recibió 120.000 doblas, el título de Duque de Molina y el señorío de Soria, Almazán, Deza, Atienza, Serón y Monteagudo. Pierre de Villaines fue nombrado Conde de Ribadeo mientras que otros capitanes que más tarde ayudaron al pretendiente a acceder al trono, como Oliver de Mauny, Arnaut Solier y Joffre Rechon, obtuvieron el señorío de villas como Agreda, Villalpando y Aguilar de Campos, respectivamente (SUÁREZ FERNÁNDEZ, LUIS, *Ob. cit.*, p. 144). De estas donaciones conviene destacar el trato privilegiado que reciben Villaines y, sobre todo, Du Guesclin ya que no sólo obtuvieron un título sino también dinero en efectivo, al contrario que el resto de los mercenarios. Hay que destacar la importancia de las 120.000 monedas de oro especialmente apreciadas y difíciles de reunir en una época donde la escasez de metales era tradicional y en la que la economía monetaria se estaba confirmando. La posesión de ese numerario concedía al bretón unos márgenes de maniobra realmente grandes a la hora de adquirir servicios militares y cualquier material para sus caballeros.

²⁴ La información proporcionada por el Canciller de la batalla de Nájera es la fuente comúnmente aceptada y seguida por casi todos los especialistas (*Crónica de Pedro I*, año 1367, caps. XII-XIV, pp. 556-559).

* Ver apéndice 4.

tes efectivos del bando trastamarista. Su papel en la batalla sería aprovechar su fortaleza para soportar el peso del ataque y asestar un rápido y poderoso golpe respaldado por el cuerpo principal mientras las alas envolvían y hostigaban al enemigo. Era evidente que la debilidad numérica de la vanguardia castellana no le permitía sostener un combate durante largo tiempo; lo que explica la dependencia que tenía del comportamiento en combate de las otras partes del ejército, especialmente de las alas.

A continuación de la vanguardia, y en estrecho contacto con ella, se situaba el cuerpo principal, dirigido por el propio Enrique de Trastámara, constituido por *hombres de armas* castellanos y peones de infantería reclutados en las últimas semanas. Agruparía esta parte a unos 1.500 hombres de variada capacidad aunque inferior en su conjunto a la capacidad de la vanguardia. El *ala izquierda* estaba integrada en su totalidad por caballería ligera, los *jinetes* y peones auxiliares al mando de don Tello, el hermano de Enrique, que había obtenido la victoria de Ariñez. Los combatientes montados castellanos eran poco adecuados para el tipo de choque que se iba a producir en Nájera. Su ligera protección individual, en la que el cuero primaba sobre el metal, les hacía en extremo vulnerables ante el fuego de los arqueros ingleses, de ahí la recomendación de Du Guesclin para reforzar sus armaduras. Su entrada en combate se hizo a caballo, lo que hacía aún más vulnerable a estos jinetes. Su número debía ser muy reducido, probablemente menos de los 1.000 hombres señalados por López de Ayala, y es probable que alguno de ellos hubiera intervenido en los combates de Ariñez por lo que su idea del futuro choque con las tropas del Príncipe de Gales debía de aproximarse más a la escaramuza del cerro *Inglesmendi*, que al enfrentamiento de dos ejércitos en campo abierto que llevan a cabo maniobras fruto de una concepción táctica elaborada previamente.

Por último, el *ala derecha* del ejército trastamarista estaba dirigida por Alfonso de Villena, Conde de Denia, y la formaban aragoneses y miembros de las órdenes militares, especialmente de Santiago y Calatrava, arrojando un total aproximado de 1.000 hombres. Los datos y el papel desempeñado por esta parte del ejército en la batalla apenas reciben atención por parte de los cronistas por lo que cabe pensar que su actuación debió ser muy gris en el conjunto del choque.

En la madrugada del 3 de abril de 1367 el Príncipe de Gales levantó el campo en Navarrete y con todo el ejército montado en sus caballerías giró hacia el noroeste abandonando la carretera principal que conducía a Nájera, en dirección a Huércanos, un caserío situado al noreste de aqué-

lla²⁶. Eduardo, conocedor del despliegue trastamarista en Alesón y del error cometido por Enrique al renunciar a la protección que le proporcionaba el río Najerilla, decidió extremar la situación y evitar enfrentarse en el terreno escogido por su rival, donde su capacidad de movimiento era muy limitada y el río Yalde marchaba caudaloso y ancho. Para ello condujo a su ejército campo a través aprovechando las primeras luces del amanecer siguiendo un recorrido que cruzaba la dehesa de Navarrete y dejaba a su izquierda el montículo de Cuento. A continuación fue descendiendo en dirección al río Yalde, al sur de Huércanos, hasta que se situó en un lugar favorable para el despliegue y la maniobra de su ejército donde el río apenas era obstáculo y el terreno llano. Al amanecer, Enrique de Trastámara, que esperaba el ataque directamente del este a través de la carretera, se encontró con las fuerzas del Príncipe de Gales en orden de combate desmontadas y desplegadas a la izquierda de su ejército entre Huércanos y la calzada de Logroño. El factor sorpresa era la primera ventaja que caía del lado anglo-gascón, lo que venía a unirle a la desfavorable situación en que quedaban los trastamaristas al verse obligados a variar sus posiciones y combatir con el sol de frente y ligeramente en cuesta. El primero en reaccionar fue Beltrán Du Guesclin quien al percatarse del movimiento llevado a cabo por Eduardo de Gales giró su vanguardia desde Alesón hacia Huércanos. La inminencia del choque coincidió con un tremendo acontecimiento para la moral trastamarista, ya que un grupo de jinetes encargados de hostigar a la vanguardia enemiga junto a algunos peones auxiliares de San Esteban del Puerto, probablemente todos pertenecientes al ala dirigida por don Tello dado el despliegue trastamarista en Alesón, desertaron en dirección a las filas anglo-petristas. Era un rudo golpe para el espíritu de un ejército que ya había recibido el sobresalto de encontrarse con las fuerzas de Eduardo de Gales desplegadas sorpresivamente en un lugar favorable, diferente del escogido por don Enrique. Realmente no eran éstas las condiciones idóneas para entrar en combate.

Una vez producido el movimiento de la facción dirigida por Du Guesclin, las dos vanguardias quedaron frente a frente no tardando en enzarzarse en combate. El choque fue pura embestida entre caballeros desmontados, quienes fueron unos contra otros lanza en ristre y usando luego

²⁶ Para la descripción de la batalla he seguido a López de Ayala y a Russell, quien ha estudiado con detenimiento el enfrentamiento en tierras riojanas. También resulta de interés la consulta del trabajo de CUTIÉRRIZ DE VELASCO, ANTONIO, *Los ingleses en España. Siglo XIV*, publicado en "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón", IV, Zaragoza, 1951.

todo tipo de armas. Las fuerzas de Du Guesclin, Villaines, D'Audreheh y la Orden de la Banda estaban más frescas que las tropas inglesas, las cuales habían recorrido el camino desde Navarrete unas horas antes, así que Lancaster y Chandos cedieron al principio ante el envite conjunto de las Compañías y los castellanos. En esos momentos era vital el concurso de las alas trastamaristas para desbordar a la vanguardia enemiga y marchar, con el respaldo de las fuerzas de Enrique, en dirección al cuerpo principal enemigo. Sin embargo, el papel de las fuerzas dirigidas por don Tello dejó mucho que desear ya que sus movimientos fueron tan lentos que permitieron que el ala derecha del Conde de Armagnac llegara a las proximidades del combate en auxilio de la vanguardia de Lancaster y Chandos. Cuando por fin don Tello se lanzó al ataque lo hizo contra los gascones de Armagnac, no contra las fuerzas que combatían a Du Guesclin. Los arqueros del ala derecha inglesa hicieron retroceder sin apenas problemas a los jinetes castellanos quienes retrocedieron en una precipitada retirada que dejó el campo libre a los caballeros de Gascuña. Estos barrieron sin esfuerzo a las tropas castellanas amenazando el flanco izquierdo de la vanguardia de Du Guesclin, quien se enfrentaba a unos enemigos cada vez más recuperados tras el desconcierto del choque inicial que casi cuesta la vida al propio Chandos.

La precipitada retirada de don Tello y sus jinetes fue uno de los momentos claves de la batalla ya que descompuso el esquema de combate castellano y dejó desprotegido el flanco izquierdo de Du Guesclin. Al contrario de lo sucedido en Arriñez, donde probablemente el artífice de la victoria castellana fue Arnould D'Audreheh, don Tello tuvo en Nájera un papel muy deslucido, patente incluso en el relato de López de Ayala.

A medida que transcurría el tiempo, las dificultades de la vanguardia trastamarista aumentaban ya que al ataque gascón por su izquierda se sumó el envite del ala izquierda anglogascona, al mando de Juan Grailly, Captal de Buch, y el Conde de Foix, formada por bearneses y varias Compañías. Estas fuerzas debieron borrar sin apenas problemas a los efectivos dirigidos por Alfonso de Villena, de cuyo papel en la batalla apenas hay noticias. El fracaso de las alas castellanas dejó en apurada situación a la vanguardia de Du Guesclin la cual se vio rodeada por los dos flancos ingleses. Enrique de Trastámara intentó acudir con sus fuerzas en su ayuda aunque fracasó en sus intentos. Por tres veces cargó contra los anglogascones pero los arqueros rechazaban una y otra vez los ataques del pretendiente quien en todo momento derrochó valor y ánimo. Enrique, al comprender que no podía vencer al conjunto formado por las alas, intentó frenar al cuerpo principal inglés con su desesperado ataque. A pesar de algún éxito inicial de los honderos y arqueros castellanos éstos

fueron rápidamente arrollados por los caballeros montados y los arqueiros enemigos. Mientras tanto, el Duque de Lancaster se había impuesto a Du Guesclin y, tras romper sus líneas, se lanzó contra lo que quedaba del cuerpo principal trastamarista, el cual estaba sin apoyos y con casi todos sus efectivos en desbandada. Pese a los esfuerzos de Enrique la embestida de Lancaster y Chandos era el fin. La huida pasó de ser desordenada a masiva y prácticamente todo lo que restaba del ejército castellano se dirigió en una loca carrera hacia Nájera. Muchos se ahogaron en el río Najerilla y otros cayeron víctimas de las fuerzas de Jaime de Mallorca quien, siguiendo las instrucciones del Príncipe de Gales, dirigía una reserva móvil de caballeros para rematar y perseguir a los castellanos. Aunque muchos cayeron prisioneros otros tantos fueron acuchillados por las tropas anglogasconas o se ahogaron en su huida. Pocos consiguieron escapar, pero entre ellos lo hizo el propio Enrique quien, una vez convencido de lo irreparable del resultado de la batalla, cambió su caballo por el de su escudero y huyó en dirección a Soria para continuar hasta Aragón y refugiarse en Francia. Hay que tener en cuenta que la retirada del ejército trastamarista se vio enormemente dificultada por el río Najerilla y por la estrechez que suponía el puente y el caserío de Nájera. El error de abandonar la protección del río costó caro a muchos hombres de Enrique, ahogados e imposibilitados para retirarse con rapidez del campo de batalla.

Pedro I, quien había combatido en el *cuerpo principal* del ejército del Príncipe de Gales, tuvo la satisfacción de contemplar la absoluta derrota de sus enemigos en la que sería la última batalla del heredero inglés, pero ambos sabían que la huida de Enrique de Trastámara impedía considerar la victoria obtenida como un triunfo rotundo. El sentimiento reinante al descubrirse que el pretendiente no se encontraba ni entre los prisioneros ni entre los muertos lo resumió el Príncipe Negro al decir en gascón: "Non ay res feit" ("Nada hay hecho"). Al igual que Enrique también había escapado su hermano don Tello pero eran excepciones ya que en realidad el grueso de los trastamaristas yacía en los campos cercanos o en manos de los anglogascones.

Eduardo de Gales había obtenido una espectacular victoria a costa de un reducido número de bajas en la que se considera la batalla más importante de la Edad Media castellana, definida en su desarrollo por la confusión y la pobreza táctica a pesar de la calidad militar de los contendientes. La disciplina y preparación de las Compañías gasconas e inglesas se impuso sin muchas dificultades a un ejército formado en su mayoría por "hombres de armas" de la nobleza castellana y aragonesa que practicaban unas anticuadas e inapropiadas tácticas de combate, tras

haberse negado a seguir las directrices señaladas por los jefes de las Compañías. La batalla destaca por el elevado número de prisioneros que realizaron los ingleses especialmente los principales miembros de la nobleza de Castilla, circunstancia ésta que resultó muy rentable al bando vencedor ya que proporcionaba pingües ingresos gracias al elevado rescate solicitado. Las ganancias de los anglogascones se vieron incrementadas con el saqueo del campo trastamarista y de la ciudad de Najera²⁶. Como era de esperar a la vista de la composición del ejército, el papel desempeñado por las alas del ejército de Enrique de Trastámara en la batalla fue oscuro y desalentador, siendo incapaces de cumplir con la misión acordada y cediendo al empuje enemigo. Sólo la vanguardia y el cuerpo principal fueron capaces de responder a las necesidades del combate, lo que explica que registrasen el número de bajas más elevado. Realmente, de acuerdo con Russell, durante la batalla de Najera el ejército trastamarista se caracterizó por su incapacidad táctica y su escasa moral.

Al finalizar la batalla, el número de bajas, según la carta escrita por el Príncipe de Gales a su mujer en Gascuña, fue de 5.000 muertos y 2.000 prisioneros. Pedro I, de acuerdo con lo estipulado en los acuerdos de Libourne, no tenía ningún derecho sobre los prisioneros a menos que pertenecieran a la familia Trastámara. Esta circunstancia lleva a poner en tela de juicio la afirmación de López de Ayala, según la cual Pedro ejecutó a tres caballeros castellanos al finalizar la batalla ya que es difícil pensar que se arriesgase a un enfrentamiento con Eduardo de Gales por unos personajes de segunda fila sobre los que carecía de derechos mientras que don Sancho, hermano de Enrique de Trastámara, podía haber sido ejecutado sin mayores complicaciones. La realidad fue que meses más tarde la mayor parte de los nobles castellanos había pagado el rescate exigido y, tras haber roto la promesa hecha, de nuevo se colocaron frente a Pedro I, mientras los *routiers* con Beltrán Du Guesclin a la cabeza retornaban a Francia.

La huida de Enrique permitió la vuelta al trono del Rey Cruel quien se vio en la tesitura de cumplir con las enormes obligaciones que le imponían los Acuerdos de Libourne. Sin embargo, su habilidad y el hastío del Príncipe de Gales ante los sucesos peninsulares permitieron que no se efectuase el pago del medio millar de doblas que se suponía servirían para costear la campaña. Eduardo, tras haber llevado a cabo una incómoda

²⁶ El elevado número de prisioneros tomados por los anglo-gascones se pone de manifiesto siguiendo a López de Ayala ya que de los 58 caballeros castellanos que cita como participantes en la batalla, 6 murieron, 15 lograron escapar y 37 cayeron en manos del Príncipe de Gales, porcentaje éste abrumadoramente superior a los demás (*Crónica*, cap. XII, p. 557).

y poco rentable campaña retiró su apoyo al castellano y, ya probablemente enfermo, se retiró hacia sus dominios de Aquitania.

La marcha del ejército del Príncipe de Gales dejó sin valedor a Pedro I, quien se encontraba en una difícil situación económica, al tiempo que comenzó de nuevo el juego de alianzas peninsulares inscrito en el seno de la revitalizada Guerra de los Cien Años, de la que Nájera había sido un episodio más ²⁷. El monarca castellano se ahorra el cumplimiento de sus obligaciones, pero la realidad también dejaba entrever su aislamiento, revelado en toda su intensidad cuando al año siguiente el incansable Enrique de Trastámara retornase a Castilla con sus Compañías, de nuevo financiadas por Francia, para coronarse rey, esta vez definitivamente.

FERNANDO CASTILLO CÁCERES

²⁷ Acerca de las cuestiones relativas a la intervención militar extranjera en Castilla durante el siglo XIV y sobre los conflictos de esta centuria, se pueden añadir a las obras citadas en las notas las siguientes: LADERO QUESADA, MIGUEL ANGEL, *La organización militar de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media*, en "Castillos Medievales del Reino de León" (s.a., s.l.), pp. 11-34; VALDEÓN BARUQUE, JULIO, *La guerra civil castellana. Intervenciones extranjeras en el marco de la Guerra de los Cien Años*, en "Pedro I el Cruel, Cuadernos de Historia", nº 150, Madrid, 1985, pp. 15-22; FOWLER, KENNETH, *The wages of War. The Mercenaries of the Great Companies*, en "XVIII Semana de Estudios Medievales", Estella, 1991, y BENTO RODRÍGUEZ, MIGUEL ANGEL DE, *Las tropas extranjeras y su participación en los ejércitos castellanos durante la Baja Edad Media*, en "Revista de Historia Militar", nº 75, 1993, pp. 47-76.

* A P E N D I C E 1

Compañías reclutadas por Sir John Chandos para servir en el ejército del Príncipe Negro en la expedición contra Enrique de Trastámara en 1367

1. COMPAÑÍAS QUE HABÍAN PERMANECIDO EN FRANCIA DURANTE LA EXPEDICIÓN DE ENRIQUE DE TRASTÁMARA DE 1366 POR CASTILLA.

Compañías de Bertucat de Albret
Lamit
Le Bourg Camus
Naudon de Bageran
Gaillard de la Motte
Garciot du Castel
Richard Taunton

2. COMPAÑÍAS QUE HABÍAN REGRESADO DE CASTILLA TRÁS HABER SERVIDO DURANTE 1366 A LAS ÓRDENES DE ENRIQUE DE TRASTÁMARA.

Compañías de Eustache de Auberchicourt
John Devereux
John Cresswell
Robert Birkhead
William Butler
Bernard de la Salle
Señor de Aubeterre
Yuan de Galles

3. OTRAS COMPAÑÍAS

Compañías de John Sands
John Alan
John Shakell
Robert Hawley
Señor de Retz
Aimery de Rochechouart
Robert Cheyney
William Felton
? Peverell

Fuente: *La vie du Prince Noir*. HERALDO CHANDOS, citada por KENNETH FOWLER (*Ob. cit.*, pp. 36-38).

* A P E N D I C E 2

ORDEN DE PASO DEL EJERCITO DEL PRINCIPE DE
GALES POR RONCESVALLES, SEGUN JEAN FROISSART

(Les Chroniques, 1º, pp. 523-524)

1ª BATALLA: *Juan de Gante, Duque de Lancaster*
John Chandos, Condestable de Aquitania

- | | |
|------------------------------|----------------------------|
| Hugues de Hastings | (*) John Cresswell (I) |
| (*) Señor de Retz | (*) Robert Brikhead (I) |
| Esteban de Cousenton | (*) Garciot du Castel (b) |
| (*) Gaillard de la Motte (g) | Señor de Neuville |
| (*) Robert Cheyney (I) | (*) Señor de Aubeterre |
| Guillaume Clayton | Guillaume de Beauchamp |
| Guicharl d'Angle | (*) William Butler (I) |
| (*) Richard Tauton (I) | (*) Aimery de Rochechouart |

2ª BATALLA: *Príncipe de Gales*

- | | |
|-----------------------------------|--------------------------------|
| Carlos II de Navarra | Senescal de Quersin |
| Señor de Pars | Senescal de Agenois |
| Vizconde de Rochechouart | Señor de Angui |
| (*) Eustache de Auberchicourt (g) | Señor de Pierre-Buffiere |
| Senescal de Rochelle | Luis de Harecourt, Vizconde de |
| Senescal de Bigorre | Chateau Lerault |
| Noel Lornich | Señor de Payane |
| Louis de Merval | Señor de Argentan |
| Pedro I de Castilla | Senescal de Saintonge |
| Señor de Partenay | Senescal de Limousin |
| Señor de Tonny-Bouton | (*) William Felton (I) |
| Thomas Felton, Senescal de | Raymond de Morevil |
| Aquitania | Thomas Balastre |

3ª BATALLA: *Conde de Armagnac*

Jaime de Mallorca	Juan de Pommiers
Petiton de Courton	Señor de Chaumont
Vizconde de Carmaing	Thomas de Wetterfales
Bertrand de Tande	Señor de Cendon
Helye de Pommiers	(*) Bourg Camus (g)
Aynemon de Pommiers	(*) Lamit (sic) (g)
Robert Canolle	Juan de Grailly, Captal de Buch
(¿Robert Hawley?)	Señor de Gironda
Señor de Rosen	Señor de Labarde
(*) Bourg de Breteuil	Señor de Clisson
(*) Bernard de la Salle	Señor de Picornet
Señor de Albret	Señor de Mucident
Conde de Perigord	Señor de l'Espagne
Aymery de Tarse	(*) Bertucat de Albret (g)
Conde de Comminges	(*) Naudon de Bageran (g)

(*) Los señalados con asterisco son Jefes de Compañías: (g) gascones, (1) Ingleses, (b) bearneses.

A P E N D I C E 3

ORDEN DE BATALLA DEL EJERCITO
DEL PRINCIPE DE GALES (1)VANGUARDIA
(Duque de Lancaster)ALA IZQUIERDA
(Conde de Foix)ALA DERECHA
(Conde de Armagnac)CUERPO PRINCIPAL
(Príncipe de Gales)VANGUARDIA: *Juan de Gante, Duque de Lancaster*
John Chandos

- | | |
|-------------------------------|--------------------------|
| (*) Hugo de Calveley | (*) Garciot du Castel |
| (*) Aymery de Rochechouart | Señor de Neuville |
| Guillaume de Clayton | Thomas Aberton |
| Hugues de Hastings | Oliver de Clisson |
| (*) Señor de Retz | Gautier Huet |
| Esteban de Cousentonne | (*) Gaillard de la Motte |
| (*) John Devereux | (*) William Butler |
| Enrique Huet | (*) Robert Birkhead |
| (*) Eustache de Auberchicourt | (*) Richard Taunton |
| (*) John Cresswell | Guillaume de Beauchamp |
| (*) Robert Cheyney | Tomas Daldonne |
| | Raul Camois |

CUERPO PRINCIPAL: *Príncipe de Gales*

Jaime de Mallorca	(*) Naudon de Bageran
(*) Bertucat de Albret	Martín Enríquez
(*) Bourg Camus	(*) Lamit
Pedro I	Conde de Rembrook
(*) Bourg Bretenil	

ALA IZQUIERDA: *Conde de Foix*

Juan de Grailly	Conde de Montlesson
Gautier de Aubrecote	Senescal de Burdeos
Señor de Pons	Conde de la Isla
Señor de Pommiers	Foucaut de Archiac

ALA DERECHA: *Conde de Armagnac*

Señor de Albret	Señor de Mucident
Señor de Partinay	Señor de Rosen

(¹) De acuerdo con la información proporcionada por:

LÓPEZ DE AYALA, PEDRO, *Crónica del Rey Don Pedro I*, Ed. BAE, LXVI, Madrid, 1953, Año 1367, Cap. IV-V, pp.

FROISSART, JEAN, *Les Chroniques*, 1^o, París, 1890, pp. 532-533.

CHANDOS, JOHN HERALD, *La vie du Prince Noir*, Ed. D. B. Tyson, Tubingen, 1975. Citada por FOWLER, KENNETH (*Ob. cit.*, pp. 23-55).

ESTOUTEVILLE, JUAN DE, *Historia de Beltrán Du Guesclín*, Madrid, 1882, Cap. XXIV-XXVII, pp. 163-180.

(*) Jefes de Compañía según FOWLER, KENNETH (*Ob. cit.*).

A P E N D I C E 4

ORDEN DE BATALLA DEL EJERCITO
DE ENRIQUE DE TRASTAMARAVANGUARDIA
(Beltrán Du Guesclin)ALA IZQUIERDA
(Don Tello)ALA DERECHA
(Alonso de Villena)CUERPO PRINCIPAL
(Enrique de Trastámara)

VANGUARDIA:

Arnould D'Audrehem
 Don Sancho (hermano de
 Enrique)
 Pero Fernández de Velasco
 Pero Ruiz Sarmiento
 Juan Rodríguez Sarmiento
 Sancho Fernández de Tovar
 Garcí Laso de la Vega
 García Alvarez de Toledo
 Juan González de Avellaneda
 Garcí González de Ferrera

Besgue de Villaines
 Pero Manrique
 Gómez González de Castañeda
 Rui Díaz de Rojas
 Rui González de Cisneros
 Suero Pérez de Quiñones
 Juan Ramírez de Arellano
 Pero López de Ayala
 Men Suárez
 Gonzalo Bernal de Quirós

CUERPO PRINCIPAL:

D. Alonso, hijo de Enrique
 Iñigo López de Orozco
 Alvar García de Alborno
 Pero González de Agüero
 Alfonso Pérez de Guzmán
 Gonzalo Gómez de Cisneros

D. Pedro, Conde Trastámara
 Pero González de Mendoza
 Fernando Pérez de Ayala
 Ambrosio Bocanegra
 Juan Alfonso de Haro